

Lo que aprendí de Miguel de Guzmán

Jesús Ildefonso Díaz
Universidad Complutense de Madrid

Poco importó que no disfrutase del privilegio de tener a Miguel como profesor. Poco importaba que nuestros campos matemáticos de interés poseyeran muy sutiles diferencias. Lo que colma mi satisfacción es haber tenido el privilegio de *convivir* cotidianamente con él y de aprender, a través de su actitud vital, profundos valores que atesoraba que trascendían a la simple transmisión de hábitos y herramientas del oficio de matemático.

Aprendí, por ejemplo, que los científicos debemos buscar la armonía y la verdad, a gozar con su contemplación y a participar con otros de su belleza.

Aprendí también que la matemática se fundamenta en el consenso de sus axiomas y postulados que sedimentan su sólido edificio y que la matemática está intrínsecamente unida a la libertad creativa e incluso a la aventura intelectual.

Aprendí que, tal y como él mismo exponía en una cierta ocasión, en nuestra vida de dedicación y cultivo de la ciencia, los valores humanos, la amistad profunda, la comprensión afable de situaciones ajenas, el sentido de servicio de nuestra actividad deben estar muy por encima de todas las metas puramente profesionales que nos podamos señalar.

Aprendí de él que la sinceridad más profunda debe iluminar nuestro quehacer científico. Sinceridad que se debe traducir en sencillez que nos haga capaces de colocarnos en nuestro propio lugar, sin tratar de alcanzar crispadamente objetivos que caigan fuera de nuestro alcance. Sinceridad que se convierta, al mirar a nuestro alrededor, en honradez intelectual que nos conduzca a valorar justamente el esfuerzo y los resultados de los demás. Sinceridad que se ha de convertir también en alegría plena al permitirnos reconocer y gozar intensamente con los logros científicos que otros, cercanos o lejanos a nosotros, hayan podido conseguir con su esfuerzo.

Aprendí que son estos y otros muchos valores los que proporcionan a nuestra forma peculiar de exploración y contemplación del universo una dimensión personal y un calor humano con los que nuestra tarea se convierte en una de las formas más sublimes, apasionadas y completas de la actividad humana.

Aprendí, a intentar ver donde se mira y a escuchar cuando se oye.

Aprendí a compartir con otros el aprecio, admiración y amistad hacia Miguel que tantos le profesábamos. Aprendí a compartir el *Miguel de todos*.

Pero cada uno de los que tuvimos el privilegio de pasar largos ratos a su lado, incluso los que tan sólo compartieron breves instantes con él, tenemos un recuerdo propio de Miguel que, por personal e individual, nos hace singulares y excepcionales.

Ahora, en su ausencia, sigo aprendiendo a encontrar la paz y la alegría cuando, con frecuencia, me vienen a la mente los recuerdos de Miguel, de *mi particular Miguel*.